
Espigando en Antonio Alatorre (1922-2010)

Adolfo Castañón

Marcel Bataillon, el hispanista francés, en un artículo, “Espigando en Cervantes”, recogido en su *Varia lección de clásicos españoles* (Gredos, 1964), citaba la “excelente edición bilingüe” que el recién fallecido Antonio Alatorre Chávez había hecho de las *Heroidas* de Ovidio (1950) y decía cómo en su prólogo el mexicano recordaba la influencia de esa obra sobre “los fundadores de la novela [pastoril] española por cartas”.

Alatorre inició la traducción de las *Heroidas* de Ovidio en el seminario que impartía Agustín Millares Carlo en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras y le añadió un prólogo donde –como le dice a Jean Meyer en una entrevista (ver página 98 en esta misma edición)– “hago una historia de la influencia de esa obra en las letras españolas, o sea una lista cronológica, con comentarios, de las traducciones y de las imitaciones. Como ves, allí estoy ‘pisando mi terreno’. Cuando me asomo a ese prólogo tengo una sensación extraña: es como verme en el momento de estar haciéndome, como ver un embrión de lo que ahora soy y de lo que creo ser”. Alatorre continuó esa investigación buscando la influencia de Ovidio en la *General estoria* de Alfonso el Sabio, ampliándola a los demás clásicos griegos y latinos. La investigación se prolongaría durante años y cabría ser llamada, según él mismo la bautizó, con el oceánico título de “La influencia helénica, la influencia latina en las literaturas de lengua castellana, de lengua catalana y de lengua portuguesa, desde la Edad Media hasta la época actual”.

Antonio Alatorre es conocido por sus *1001 años de la lengua española*, que escribió para “contarle a la gente una historia [...] en general no conocida más que por los profesores y los estudiantes de la materia”, una historia contada con “la forma que le es propia o sea la de un cuento que se cuenta”.

Esa biografía de la lengua española no sólo le abrió a Alatorre las puertas de El Colegio Nacional, sino las de la estimación pública que, desde ese momento, lo seguiría y reconocería como uno de los ensayistas, prosistas y traductores, hombres de letras mejor armados del orbe, y una de las inteligencias más simpáticas y zumbonas de nuestra lengua. Ese breve libro abismal tuvo, además, otros efectos, como los de demostrar a los lectores que la idea y la práctica de hacer un tablero con 20 literaturas nacionales es peregrina y extraviada, y pierde de vista el vasto terreno que le confiere solidez y solvencia a las letras *hispamericanas* (ojo al neologismo: hispanoamericano + hispánico= *hispamericano*). Gracias a Antonio Alatorre, contamos con un cuadro vivo de la lengua que hablamos, de la lengua que nos habla.

El nombre de Antonio Alatorre está asociado al de dos instituciones hermanas: el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, aunque sólo trabajó unos cuantos años en la editorial aprendiendo “todos los procesos de la producción de un libro: desde preparar un original, comprobar los datos de un libro, enriquecerlo, cazar erratas, hasta corregir las pruebas de mis propias traducciones”. Alatorre dejó huella en aquella casa gracias a sus traducciones acuciosas: desde la biografía de Guillermo de Orange, alias “Guillermo, el taciturno”, las *Memorias póstumas de Blas de Cubas* de J. M. Machado de Assis y *Erasmus y España* de Marcel Bataillon, hasta las obras de historiadores como François Chevalier –*Los grandes latifundios en México*–, la *España ilustrada* de Jean Sarrailh o los libros monumentales de Antonello Gerbi, pasando por los tomos de Gilbert Highet –*La tradición clásica*– y los de E.R. Curtius, este último vertido al castellano en colaboración con su compañera y “maestra” –como él mismo dice– Margit Frenk. Su legado manifiesto lo ilustran los muchos volúmenes de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que durante muchos años redactó y dirigió, sus libros como el ya mencionado *1001 años de la lengua española*, así como *El brujo de Autlán* o el par de tomos sobre *Sor Juana Inés de la Cruz a través de los siglos*, por no mencionar ni otros títulos recientes ni sus numerosos artículos dispersos. Su herencia invisible no es menos fecunda: sus clases y seminarios en El Colegio de México y en la Facultad de Filosofía y Letras donde –como lo evoca uno de sus discípulos, Guillermo Sheridan– este “duende veterano, una pizca de pícaro de Velázquez y otra de cura de El Greco” ponía a sus alumnos a interrogar a un autor o a un poema. Fueron muchas

las generaciones beneficiadas por las lecciones del filólogo autodidacta, a quien le gustaba recordar las amistades electivas y magistrales que sostuvo con Juan José Arreola –otro autodidacta– y Raymundo Lida. En la penumbra, entre la herencia visible y la invisible, se alojan los legendarios “ficheros de Antonio”, donde Alatorre iba alojando los gusanos de oro de su insaciable memoria y curiosidad que lo mismo abrevaba en Montaigne y Virgilio que en Góngora, Argensola y Sor Juana Inés de la Cruz. Esto es solamente una parte de lo que hay alrededor y detrás de este gran señor de las letras a quien le gustaba seguir a Platón, pero más a la música de la verdad, y para quien la polémica intelectual era una de las pocas cosas que, después de la contemplación de las formas y del goce estético, le daba sentido a la vida. ❧